

EN SU NOMBRE

Por

C. Jinarajadasa

**Editorial Teosófica, SCC. Ltda..
Sant Pere, 8
08191 – Rubí (Barcelona)
1995**

© Editorial Teosófica, SCooC, Ltda. 1995.

Depósito Legal: B-15938-1995.

ISBN: 84-86709-21-0.

Impreso en Romanyá Valls, S. A.
Verdaguer, 1, 08786 Capellades (Barcelona).

Impreso en España.
Printed in Spain.

Digitalizado por la “Biblioteca Upasika”. Julio 2004.

www.upasika.com



Al Maestro Kut – Humi;

Homenaje de uno de sus
“hijos” que le quiere.

PREFACIO

A W. H.

Nuestra única entrevista no ha durado más que una hora: pero al instante de percibirlos, sentí que había de comunicaros un mensaje. Lo encontraréis en las siguientes páginas.

Habéis llegado a un punto de vuestra vida en que advertís que no os es posible pertenecer exclusivamente al mundo. Estáis ligados a una honrosa carrera, y sabéis que el porvenir os allegará éxito y comodidad; pero sentís que ya no podéis trabajar tan sólo por el éxito, sino que os es preciso tornaros idealistas en vuestra profesión, y permanecer fiel al ideal que entrevéis, a pesar de que por ello os sobrevengan sufrimientos y humillaciones. Estáis en el caso en que hoy se encuentran centenares de individuos; pero diferís de ellos por el convencimiento de que el ideal que os obliga a la obediencia no es fruto de vuestra Imaginación, sino la primera luz, vagamente entrevista, de una personalidad a quien desearíais ardientemente dar el nombre de “Maestro”. Sentís que si realmente existe este Maestro y os fuese posible conocerle le seríais completamente fiel en todo, contra cuanto pudiera ocurrir.

Sabéis, por otra parte, que no os es dado buscar a este Maestro recluyéndoos en algún monasterio, donde por la meditación y la contemplación pudierais comunicaros con El. No tenéis derecho de considerar tan sólo vuestro bien, porque de vos depende la subsistencia de otros seres. Sabéis que precisamente por vuestro amor hacia ellos habéis emprendido vuestra carrera social; pero desearíais saber si, estando sujeto a ella, podríais al mismo tiempo servir en algo al Maestro. Y, precisamente, porque es posible, escribo y os dedico estas páginas, que también sirven para aquellos otros que comienzan a abrir los ojos a las más altas posibilidades humanas, ya entrevistas por vuestra parte.

Toda alma humana tiene un mensaje que enviar a otra alma humana, y yo escribo aquí el mensaje que ahora debo enviaros. En realidad este mensaje no es propiamente mío. Me lo comunicaron otras almas humanas, y yo os transmito, como a un hermano, lo que me transmitieron otros hermanos.

I

LO REAL Y LO IRREAL

Pues deseáis encontrar al Maestro, debéis, por más de un concepto, *vivir en el mundo sin pertenecer a él*. Es preciso, por lo tanto, y en primer término, que aprendáis a conocer lo que es real y lo que es irreal.

El universo en que vivimos es una grandiosa manifestación del Logos, y así, en cierto sentido nada irreal existe en él. Sin embargo, varían los modos en que el Logos se manifiesta, y nosotros pasamos de uno a otro modo de expresión a medida que evolucionamos. Ascendemos de una fase a otra, y desde el instante en que nos es posible vivir y obrar en el plano de una fase más elevada, ésta es para nosotros lo real, y la que hemos trascendido es lo irreal. Esto tiene especial aplicación para vos, toda vez que, aún viviendo en el mundo, habéis trascendido la fase mundana y sois capaz de vivir y obrar en el mundo más elevado. He aquí por que sois idealista; porque vuestro idealismo es la resolución que habéis tomado de identificaros con el mundo situado *por encima* de vos y no con el mundo en el cual vivís. Quienes busquen al Maestro han de ser idealistas, y esto significa más de lo que es posible describir en el curso de una vida entera; pero con relación al próximo paso que queréis dar, vuestro idealismo tiene este significado.

Es preciso que, a partir de hoy, reconozcáis que lo importante no es el mundo que os rodea, sino el concepto que de él os forméis. Esta particularidad es aplicable a todos los hombres, pero debéis cultivar este sentimiento de manera que siempre *viváis conscientemente en dos mundos a la vez*. Uno de estos mundos es el de vuestras materiales ocupaciones cotidianas, en el que os mezcláis con los hombres para cumplir ciertos deberes y ciertas obligaciones; el otro es en este mismo mundo, pero visto a través de vuestra imaginación y, sin embargo, lleno de esperanzas y de ensueños en vías de realización. Los hombres cometen el mayor error, al pensar que sus esperanzas de dicha y los ensueños que forjan sobre la vida son fantasmagorías sin fundamento. En realidad tales esperanzas y tales ensueños son las primeras luces que del mundo real percibimos; porque para nosotros es un mundo irreal aquel en el que vivimos atareados en nuestras diarias ocupaciones. No es que este mundo Irreal nos sea ya innecesario, sino que su utilidad ha de estar subordinada al mundo real al que ascendemos.

El mundo real nos envuelve sin cesar, pero solamente lo percibimos en ciertas ocasiones; por ejemplo, cuando en alguna disposición dichosa del espíritu edificamos castillos en el aire. El mundo de las realidades se asemeja a la presión atmosférica de que nos percatamos al hacer el vacío. Cuando salimos de nosotros mismos, aparece el mundo real. Comenzáis al presente a vivir en este mundo real y por ello estáis en camino de buscar un algo. Este algo es lo que hay en vos de más noble; es lo que constituye una parte de Dios. El Dios que vos sois, os incita a soñar en el desinteresado cumplimiento de acciones amorosas, generosas, creadoras, consoladoras. Cada pensamiento y cada sentimiento desinteresado es una ventana por la que veis vuestro verdadero Yo.

Para el idealista, las formas corporales no existen más que con el fin de materializar las ideas. Las ideas son las unidades de la realidad, que ligan entre sí los hechos de un mundo, en el que somos los actores encargados de desempeñar los papeles del drama de la evolución. Cada una de estas ideas puede desenvolverse indefinidamente, a semejanza del número uno, que colocado delante de una serie de ceros, los transforma en millones y billones. Las verdaderas ideas no son creación de los “hechos”, pues existen de por sí y pueden referirse a una base común, que permite apreciar su valor intrínseco. Este concepto se ha de comprender con toda claridad, porque es la base de todo nuestro actual estudio.

Por regla general los hombres adquieren las ideas por el ejercicio de sus cinco sentidos. Imaginan que tan sólo deben regular su conducta por lo que sus sentidos les dan a conocer y piensan que una idea, engendradora de una forma, no tiene valor alguno como verdadera idea. Precisamente en este punto debéis diferir del mundo, teniendo en cuenta que los sentidos sólo son instrumentos y meros servidores; no los amos. No tienen derecho a colaborar en la edificación de vuestro mundo real, sin que se lo concedáis vosotros; pero debéis aprender hasta que punto ha de llegar vuestra concesión.

Os importa de una manera esencialísima manteneros en guardia contra lo que comúnmente se llama “*el valor de los hechos*”. Los hechos son tales cuando se establecen científicamente, aunque esto sea empresa ardua aun para los sabios experimentados. Por lo tanto, respetad todo hecho que comprobéis, porque es una expresión del Logos; pero si cada hecho es una expresión del Logos, su valor atributivo corresponde a una expresión superior del Logos. Los hechos pertenecen, hoy por hoy para vosotros, al llamado mundo irreal. Las ideas os han de ser en lo sucesivo más importantes que los “hechos”.

Todo idealista es un constructor en el mundo real. Los edificios que erige con sus esperanzas y ensueños son permanentes o transitorios, según sus pensamientos correspondan o no a las realidades. Antes de empezar a vivir en una expresión superior del Logos, es preciso haber comprobado su exactitud mediante la evaluación de sus expresiones inferiores. Cuanto más se ejercite la inteligencia en percibir cuidadosamente por los sentidos, más posible será vivir en el mundo de las ideas. Ejercitad los sentidos en la fiel observación del mundo exterior, y cesará de ser caprichoso el pensamiento, para comenzar a ser creador. Notad las percepciones de los sentidos, abstrayéndoos de ellas, y la Imaginación comenzará a construir en armonía con esta superior expresión del Logos, que en lo sucesivo será el vasto y glorioso campo de acción de vuestra alma.

Los edificios que levanta vuestra imaginación, cuando está en actividad, corresponden a realidades, sean cuales sean los materiales empleados en la construcción. Estos pueden suministrarlos las afecciones humanas, la devoción religiosa, el anhelo de sabiduría, o las aspiraciones artísticas. Lo único que importa es la dimensión y belleza del edificio. Puede suceder que este desaparezca de vuestra vista, cuando vuestra imaginación languidezca, os puede suceder felizmente, que según vuestra imaginación se desarrolle, logréis al fin construir edificio tras edificio, cada cual más grandioso y bello que el precedente. Bien se limite su duración a breves momentos, algunas horas o algunos días, como los que construye el niño cuando sueña despierto, o bien duren una eternidad, como los que levantan los aunados poderes del corazón y de la inteligencia, cuando alcanzan su madurez, consagrados a un ideal, jamás se hallan inhabitados estos mágicos edificios. Mientras subsisten, mora en ellos algún escogido, que mira al soñador y sin cesar le inspira más bellas construcciones.

Sólo existe un Ser en el universo entero; El es el que mora en vuestras ideales construcciones. Todos los seres que nos rodean, y nosotros mismos, todos pensamos ser y constituir una entidad separada: pero únicamente desembarazándonos de esta ilusión alcanzaremos la dicha de la vida. Nos apegamos tenazmente a nuestra personalidad, como si nos fuera imposible subsistir sin ella. Pero si os interesan las cosas artísticas, ¿no os habéis identificado jamás con alguna creación de vuestro temperamento artístico, experimentando el arrobamiento Inherente al olvido de uno mismo?. ¿Al escuchar la música de Beethoven no sentisteis que cesabais de ser *alguien*, para sólo ser *algo* maravillosamente indescriptible que escuchaba?. Al acariciaros la brisa en la playa, ¿no sentisteis como se desvanecía vuestra personalidad, para no ser más que algo infinitamente delicioso y puro, que se precipitaba en los brazos abiertos al encuentro de la fuente misma de la dicha?. Cuando el entusiasmo nos transporta, reconocemos instintivamente por íntima experiencia, que la única felicidad consiste en borrar los límites del yo. No hay en el cosmos más que un solo Ser, y si nosotros vivimos es con el fin de conocerle.

Por estar este Ser en nosotros mismos, somos una de las expresiones del Logos; pero como no podemos verle tal como es, porque Su Luz cegaría nuestra vista y ensordecería nuestro oído, en Su Amor hacia nosotros modera el brillo de Su Luz, y nos mira a través de los semblantes de aquellos a quienes amamos, precisamente porque en ellos encontramos expresada Su Belleza. El nos ayuda a descubrir lo que hay digno de amar en los que amamos, a fin de que podamos conocer cuánto nos ama.

Este único Ser que llena el cosmos, manifiesta una parte de Sí mismo en los castillos de ensueño que edificáis con vuestras aspiraciones idealistas, y os manifestará en vuestro Maestro una todavía mayor parte de El, que la hasta entonces percibida. Por lo tanto, si cada vez sois más idealista, encontraréis ciertamente a vuestro Maestro, porque sólo el Maestro puede conducirnos del mundo irreal al real.

II

EL MAESTRO

Mucho antes de que os sea posible conocerle, ya el Maestro os distingue, observa y anima. Como el sol brilla sobre las flores, así El brilla sobre vos, y aunque no le conozcáis, favorece vuestra evolución. Cuando para daros ánimo os sonrío Dios a través de las formas edificadas por vuestros ensueños, también está presente el Maestro, porque es uno con Dios. El Maestro os guía en la edificación de aquellas formas. Cuando el amor ideal inflama vuestra mente, cuando creéis alcanzar la santidad con todas sus perfecciones, al pensar que sois filósofo o filántropo ideal, vislumbráis a través de vuestra imaginación un reflejo del Maestro, y por esto os parece el ensueño tan bello como única realidad en el mundo. El ideal es la primera luz que del Maestro vislumbramos.

Aunque el Maestro sea uno con Dios, es también persona viviente, un ser de carne y sangre. En un pasado muy remoto, estuvo en el mismo punto en que vos estáis ahora, y sobrellevaba entonces vuestras actuales pruebas y sufrimientos. Pero El llegó a la meta y es ya una más perfecta expresión de Dios que la esposa, el hijo o el amigo a quien amáis. Es para vos el guía que os conduce a Dios. A El incumbe el deber de guiarnos, y vuestro ineludible deber es dejar que os guíe.

Día llegará en que veáis al Maestro cara a cara. y vuestros externos sentidos os darán una tan gran certidumbre de Su existencia, como la que ya os daba vuestro corazón al conocerle y reverenciarle en el mundo interno y real. Pero aunque entonces podréis verle, oírle y tocarle como a cualquiera de vuestros prójimos, sólo conoceréis de El muy poca cosa, mientras no viváis en Su mundo. La vida del Maestro, en su aspecto más amplio, se desliza en el mundo del ideal, y por lo tanto, para conocerle tal como verdaderamente es, os es preciso elevaros hasta ese mundo. Si gracias a vuestro ideal lo alcanzáis, poco importará entonces que conozcáis o no al Maestro con vuestros externos sentidos, que serán para vosotros del mundo irreal, al paso a que los susurros del corazón constituirán la más espléndida realidad. Una vela no ardería sin el oxígeno del aire; pero la luz eléctrica brilla tanto más y mejor cuanto menos aire hay en su ambiente. Tal es vuestra actual situación. Como quiera que la posibilidad de contemplar el ideal es en vosotros más segura que los sentidos, ya no dependéis de estos, y por ello habéis visto al Maestro presente en todos los ideales que os forjáis. Sin embargo, vais ahora a conocerle mejor, si queréis ayudar a quienes El ama.

Por otra parte, el Maestro ama a todos los hombres, e incesantemente anhela dilatar los derrames de Su amor, y difundirlo cada vez en más extensos límites por medio de tantos nuevos centros como sea posible. Yo busco al Maestro, decís, pero más bien os busca El, para constituirnos en un nuevo centro de donde irradiar Su amor hacia cuantos estén en contacto vuestro. Facilitadle la tarea de servirse de vosotros como de un centro, y ciertamente estará en contacto con vosotros.

¿Pero cómo facilitarle esta tarea? preguntaréis. Empleando todas vuestras facultades

en hacer más fácil y dichosa la vida a cuantos os rodeen.

“Haced buenas obras en Su nombre, por amor a la humanidad”. Así respondió mi Maestro cuando le pregunté cómo podría un neófito encontrar a su Maestro. Esforzaos cada día y a cada hora en aliviar las cartas del prójimo, y al propio tiempo, decid dulcemente: ***Lo hago en Su nombre*** a fin de ayudarle en Su labor. Tratad también de comprender lo que ahora hace el Maestro y lo que proyecta hacer en favor de la prosperidad del mundo. Es uno con los hombres como es uno con Dios. Conoce el plan trazado por Dios para la dicha de las criaturas, y sabe cuan lejos estamos todavía de su cumplimiento. No cesa ni un sólo instante de trabajar para que los millones de seres a quienes ama, se acerquen cada vez más a este cumplimiento. Por lo tanto, para colaborar con el Maestro es preciso conocer el plan de Dios, y en el grado en que lo conozcáis, os declarará el Maestro en que podéis ayudarle. Esto quiero deciros.

III

EL PLAN DE DIOS

“La evolución es el plan de Dios”. Así se expresa mi Maestro. Los hechos acumulados por la ciencia actual os habrán enseñado lo que es la evolución; más para desentrañar su profundo significado, es preciso que aceptéis por verdaderos los tres siguientes principios fundamentales:

- 1º. La vida está en todo.
- 2º. La vida no se extingue Jamás.
- 3º. La vida evoluciona.

La vida esta. en. todo.- No hay sustancia alguna realmente muerta. La roca que os parece privada de vida, está animada por una especie de vitalidad que no podéis advertir ni apreciar. No hay en el espacio lugar alguno desierto de vida. Arriba, abajo, dentro, fuera, en todo y por doquiera penetra la vida, única manifestación de la naturaleza divina.

La vida jamás se extingue.- Vivimos en un mundo en el que por todas partes echamos de ver mudanza y muerte, y así nos parece que todo ha de perecer. La naturaleza tiene el aspecto de una horrible tragedia con mortandad sin fin, doquiera existen las formas; pero en realidad no hay tal, porque las mudanzas y la muerte son inseparables de las formas, al sólo objeto de intensificar cada vez más la vida misma. Todas las cosas vivientes tienen doble naturaleza: la forma plasmada de la materia, y la consciencia plasmante de la forma. La muerte sólo alcanza a la forma. La consciencia que cohesiona la forma persiste tras la muerte y tiene su sempiterna raíz en Dios.

¡La muerte no existe!. Tal oíríais el gozoso grito de la naturaleza, si fuéseris capaces de escucharlo. La rosa marchitada tras bella floración de un día, sigue viviendo aunque sus pétalos caigan deshojados por el suelo, y nuevamente florecerá engalanada con más hermosos pétalos. De la propia suerte, el débil animal víctima de la rapiña de su enemigo, renacerá en forma más vigorosa y evolucionada.

La vida construye las formas para manifestarse más intensamente en ellas. Tan pronto como la forma contraría la manifestación de una vida más intensa, queda condenada a desaparecer y desintegrarse en sus elementos constitutivos: mas al perecer las formas, persiste indestructible la vida en ellas contenida, porque toda vida es parte de la vida única, y bajo la divina dirección ha de plasmar nuevas formas.

La vida evoluciona.- Dios, todo poder, todo sabiduría y todo amor, quiere que todas las cosas por El creadas, participen de Su naturaleza y en El se congratulen. Por esto hienche de Su vida el universo a que dio existencia, y por mediación de esta vida quiere revelarse a Sus criaturas. A tal fin dotó a Su vida del instinto de desenvolvimiento que se llama fuerza evolutiva o evolución.

Este instinto plasma las formas materiales adecuadas a sus diversos estados de evolución. La vida que anima al mineral revela débilmente a Dios; la planta lo revela mejor; el animal mejor todavía; pero el hombre lo revela más acabadamente.

No hay estudio de mayor interés que el de los procesos evolutivos. La química nos da ya idea de la maravillosa manera en que los átomos se agrupan en moléculas, que posibilitan la vida en la materia, así organizada como desorganizada. Toda fase de esta agrupación en moléculas está dirigida por Dios, y todo acrecentamiento de fuerza revela una mayor parte de Su naturaleza. En más avanzada etapa advertiréis la belleza de que Dios adorna a Sus minerales, y la gracia y armonía con que traza Su plan, a fin de revelar cada vez mayormente Su naturaleza.

Estudiad la botánica, explorad campos y florestas con vuestra propia observación, procurando sobre todo sentir la vida que a las plantas anima, y comprenderéis cuan grande es la parte de Sí mismo que Dios os revela en ellas.

Estudiad la zoología; observad la estructura y costumbres de las innumerables formas del reino animal; aprended sobre todo a comprender y amar a los animales, y al desembarazaros así de otro velo, podréis acercaros aún más a la Divinidad.

Si, por fin, ahonda vuestra mirada en el corazón de los hombres, os impacientaréis por aligerar su carga, percibiréis más claramente a Dios y os percataréis de vuestra unidad con El.

En el maravilloso e indescriptible proceso de la evolución general, es preciso comprender muy definidamente el plan trazado por Dios, para la evolución humana.

En la vida manifestada en el reino animal, la nota dominante de la evolución es el egoísmo, la separatividad afirmadora del sí mismo, de que Dios se vale para construir las formas y probar su resistencia, desechando las débiles que se resulten en polvo y utilizando las resistentes, a fin de plasmar con este polvo formas aún más resistentes. A medida que aumenta la resistencia de las formas, aumenta así mismo su complejidad, y por medio de más complejas formas puede Dios manifestar y desenvolver en la vida, cualidades imposibles de expresar en formas más simples y menos evolucionadas. La lucha por la vida y la supervivencia de los más aptos, son las leyes por Dios mismo establecidas. En la labor efectuada por ministerio de Sus agentes, selecciona forma tras forma, tipo tras tipo, y aunque desdeñoso de las formas individuales, cuida siempre de la vida que en su evolución contienen. En el estado animal es, por lo tanto, el egoísmo el medio empleado por Dios para impulsar la evolución de la vida.

Pero el hombre, por su alma racional, difiere de las criaturas inferiores y es más elevada manifestación de Dios, y más completa revelación de la naturaleza divina, que la vida del vegetal o del animal. Lo conveniente al vegetal o al animal, no lo es ya para el hombre. El egoísmo sacrifica las formas de que se sirve la humanidad, pero el sacrificio de sí mismo ha de ser el medio de convertir las almas de los hombres, en canales por los que fluya la más elevada manifestación de la Divinidad.

El propósito de Dios es la felicidad del hombre, que sin embargo no podrá ser feliz, hasta que manifieste, los aspectos superiores de la naturaleza divina, inmanifestables en la vida vegetal y animal. Importa, por lo tanto, que toda alma esté en plena actividad y que sus acciones favorezcan y no contraríen el cumplimiento del plan de Dios. En resumen, únicamente por el sacrificio de sí mismo y por servicio voluntario, puede el hombre colaborar en la obra divina.

Dios ha establecido el plan de todas las cosas visibles e invisibles, con el fin de enseñar al hombre que la felicidad dimana tan sólo del servicio voluntario. Dios crea los mundos, los puebla de criaturas, alza y sumerge los continentes, acrece y desvanece las

civilizaciones, para que los hombres aprendan lentamente la lección. Envía cientos y cientos de veces las almas humanas a morar en cuerpos carnales, encaminándolas tan pronto a un país como a otro, para que aprendan cada vez y en cada lugar una parte de la lección. Conduce a las almas al renacimiento en cuerpos masculinos unas veces y en femeninos otras, cuidando de que cada cual coseche las alegrías o penas correspondientes al bien o al mal que hubiesen sembrado. Dios coloca siempre en condiciones a propósito para aprender la lección, cualquiera que sea el aspecto en que las mueva a manifestarse, ya como esclavos, ya como dueños, bien como profesores, médicos, comerciantes u otra diversa profesión social. El progreso y la decadencia de las naciones, el apogeo y declinación de los cultos y credos religiosos, de las ciencias, artes y filosofías, no son ni más ni menos que el movimiento de las piezas dispuestas por Dios, para que podamos convertirnos en canales por donde fluya Su más elevada vida. Así pues, el egoísmo es la ley que rige la evolución del bruto; el sacrificio de sí mismo es ley de la evolución humana.

IV

LOS QUE DIRIGEN LA EJECUCIÓN DEL PLAN DE DIOS

El plan de Dios, es decir, la evolución, no es un proceso mecánico en la naturaleza. Dios construyó el modelo de todas las cosas, y en todas las etapas del proceso en que se manifiesta la vida, hay *inteligencias* guadoras de la construcción de la forma, a fin de que cada vez se asemeje más al modelo divino.

En esta nuestra tierra cumplen la voluntad de Dios, en el campo de la evolución, los que constituyen la llamada Gran Fraternidad Blanca y están, por decirlo así, a medio camino entre el amor de Dios y la vida que anima a la naturaleza y a la humanidad, pues por su mediación recibe el mundo la energía necesaria para su evolución. Llevan a efecto su obra por vías visibles y por vías invisibles, y los hombres que sinceramente lo deseen, reciben el privilegio de llegar a ser bajo Su dirección y empleo Sus servidores y ayudantes.

En su ascenso hacia la perfección, pasan todas las almas por las características etapas del salvaje, hombre civilizado, idealista, discípulo, maestro e iniciado de la Gran Fraternidad Blanca, hasta la etapa final de Maestro de Sabiduría. Alcanzada la iniciación es ya el hombre miembro de la Jerarquía gobernadora del mundo, y cuando recibe la dignidad de Maestro de Sabiduría, dirige la labor de un departamento de esta Jerarquía.

El mundo y la humanidad evolucionan bajo la dirección de los más elevados Maestros de Sabiduría, que presiden el alzamiento y destrucción de los continentes, guían la lucha por la vida favoreciendo la aparición de formas más aptas que permitan evolucionar la vida tan rápidamente como sea posible; vigilan y celan el desenvolvimiento de los minerales, vegetales y animales con el único fin de modelar las formas de la naturaleza, de manera que puedan cumplir prontamente el plan de Dios.

También la Gran Fraternidad Blanca vela y dirige todas las cosas en la vida de los hombres. Sus miembros enseñan a los hombres a establecer sus civilizaciones, enviando a cada país los individuos por cuyo medio, pueda adquirir la cultura necesaria, para desempeñar su papel en el drama político de las naciones. En su desinteresada labor inspiran a los predicadores, estadistas, instructores, profetas, artistas y sabios, valiéndose igualmente del egoísmo y los delitos de los hombres, para derrocar los que han desempeñado ya su papel, y erigir más tarde mejores instituciones. Cada paso dado por la Humanidad en su progresiva marcha, forma parte del plan divino, cuya ejecución está encomendada a los Hermanos Mayores, de cuyas manos pende el destino de los sesenta mil millones de almas que constituyen nuestra humanidad.

La voluntad de Dios se cumple por ministerio de los elevados Maestros de Sabiduría, y quien a ellos sirve, sirve a Dios. El Maestro que cada idealista encuentra es uno de los Hermanos Mayores de esta Jerarquía gobernadora del mundo, y quien encuentra a su Maestro llega muy cerca de Dios.

V

EL PLAN DEL MAESTRO

Figuraos que en un inmenso telar se coloquen millones de hilos de longitud indefinida, para formar la urdimbre de la futura tela. Suponed que cada hilo es incoloro, aunque con la propiedad de adquirir el color deseado tan pronto lo toque la trama. Imaginad, por otra parte, constituida esta trama por un hilo sin fin que, pasando y repasando a través de los hilos de la urdimbre, teje y dibuja la tela con arreglo a un modelo preconcebido. Los millones de hilos de la urdimbre simbolizan las almas humanas, y el hilo único de la trama es la vida de Dios. El dibujo tejido sobre el telar será la evolución, y el modelo según el cual se ha tejido es el mundo perfecto en la mente divina.

De conformidad con el modelo que El mismo ha trazado, entrelaza Dios Su vida con la de los hombres, en espera de que todos los hilos representativos de las vidas humanas se coloren respondiendo a su contacto por doquiera que El los toque, y al tomar el color deseado, corresponda el dibujo al modelo que del tejido formó Dios; pero cuando un hilo humano repele el contacto de la Divinidad y permanece incoloro, el dibujo queda desfigurado y no corresponde al pensamiento de Dios.

El Maestro, que es uno con Dios, conoce el modelo según el cual se teje la tela en el telar. El trabajo del Maestro consiste en ayudar a la humanidad, a fin de que cada vez que el hilo de la trama, símbolo de la vida de Dios, toque el hilo de la urdimbre correspondiente a una vida humana, pueda este hilo humano brillar prontamente con el color requerido, porque, ***en la vida la felicidad solo se logra cooperando de este modo con Dios.***

El Maestro ejecuta su labor por vías visibles y por vías invisibles, porque la naturaleza y el alma humana pertenecen en su mayor parte a las regiones superiores. El Maestro aporta a los hombres la vitalidad necesaria para crecer y evolucionar; porque el Maestro no es tan sólo un hombre perfecto, sino también un directo canal por el que fluye la vida de Dios. De la misma manera que una corriente de alta tensión y mortíferas descargas, puede convertirla un transformador en otra de voltaje lo bastante bajo para utilizarla sin riesgo en las necesidades de la vida humana, así también transforma el Maestro, en su propia naturaleza, la intensísima vitalidad de Dios, para transmitirla a los hombres de modo que la puedan asimilar. De esta suerte irradia el Maestro continuamente sobre los hombres, desde el mundo invisible, la energía que los desenvuelve, tal como el sol cubre las plantas de hojas y de flores.

También el Maestro asiste individualmente a los hombres desde los mundos invisibles. Cuando un hombre llega a ser idealista, el Maestro le ve y le ayuda. Desde las regiones invisibles enfoca el Maestro en el alma de este hombre energía y pureza, animándole a perseverar en la realización de su ideal. Ningún hombre que sirva a sus semejantes, en cualquier ramo de las humanas actividades, pasa inadvertido a los Maestros de Sabiduría, ni deja de recibir su ayuda.

El Maestro emplea las vías invisibles para ayudar a la humanidad. Algunas veces,

cuando su labor ha de acomodarse al dibujo que debe tejerse en el telar, convive con los hombres para dar las leyes, instruirles e inspirarles. Tal hicieron Manú, Buda y Krisna en la India, Pitágoras en Grecia y Cristo en Palestina. Esto harán dentro de poco numerosos Maestros de Sabiduría que, conducidos por el mismo Cristo, habitarán entre nosotros para instruirnos y guiarnos hacia la felicidad.

También el Maestro sirve a los hombres, aceptando en calidad de discípulos a los de firme y buena voluntad. Y puesto que esperáis ser algún día recibidos como tales, habéis de comprender debidamente las condiciones para ello requeridas.

VI

EL ESTADO DE DISCÍPULO

Ante todo es preciso que sepáis que aún cuando no logréis ser discípulos de un Maestro, no habéis de temer por ello daño ni castigo alguno. Vuestra evolución está en vosotros mismos, y aunque su rapidez depende de vuestro propio esfuerzo, no podéis impedirlo, porque la voluntad de Dios es que todo ha de evolucionar. Vuestra evolución no peligrará aunque no creáis en la existencia de los Maestros, pues independientemente de vuestra creencia en Ellos, os ayudarán como ayudan a todo hombre de buena voluntad; pero si llegáis a ser discípulos de un Maestro, vuestra evolución será más rápida.

Si bien el Maestro ama a todos los hombres, a menos que determinéis vosotros mismos los motivos para elegirlos por discípulos, no os preferirá entre los millones de individuos que pueblan el mundo. Este motivo estribará en las probabilidades que ofrezcáis al Maestro de serle útil en su obra. En efecto, El es un elevado operario, ocupado siempre en realizar el plan de Dios; y aunque parezcan ilimitadas las energías de que dispone para ayudar al mundo, tienen en verdad su límite y ha de cuidar de que cada partícula de estas energías, dé el mayor fruto posible en la realización del plan divino.

Como la aceptación de un discípulo por parte del Maestro, requiere el empleo de cierta cantidad de energía, no lo aceptará sino cuando la energía empleada en su favor, dé un rendimiento superior al que produciría empleada en favor de otro. Por lo tanto, quien aspire a la dignidad de discípulo ha de ser de tal naturaleza, que una vez aceptado pueda tomar sobre sí parte de la carga del Maestro, sin abatirse por ello, al contrario de la generalidad de los hombres que agravan la pesadumbre del Maestro.

No necesita el Maestro discípulos para instruirlos y aleccionarlos en mayor grado que sus semejantes, sino para que sean aprendices de su labor, y ayudantes que con el tiempo puedan encargarse de una parte, cada vez mayor, de su actual tarea, para dejarle en libertad de emprender otras más elevadas que esperan su actuación. En fin, el Maestro sólo aceptará en calidad de discípulo al hombre que le sea útil para Su obra.

Quien aspire a la dignidad de discípulo ha de tener también aptitudes que pueda aprovechar el Maestro, pues si es sencillamente bueno, sin positivas cualidades de corazón o de inteligencia, no podrá ser útil en nada al Maestro. Si tan sólo apetece el alivio de sus propios sufrimientos, si quiere obtener ventajas espirituales, si anhela poderes psíquicos o materiales, será más bien impedimento que auxilio. Un candidato de esta especie anda todavía muy lejos del punto de su evolución, en que se le pueda aceptar por discípulo; pero ciertamente lo será quien haya actualizado en servicio de los hombres ciertas facultades de corazón e inteligencia, y además de ser un idealista dispuesto a sufrir por su ideal, se resuelva firmemente a cumplir determinadas condiciones.

Con mayor claridad que yo pudiera, encontraréis expuestas por el Maestro mismo las cualidades necesarias, en el libro que dio al mundo por mediación de mi hermano y discípulo Krishnamurti. En esta Joya titulada: “A los pies del Maestro”, está claramente

descrito el sendero que se abre ante cada candidato. Estudiad este libro y recordad que el Maestro entiende las cosas tal como dice, y que todos los Maestros de Sabiduría exigen estas mismas cualidades. No hay más que **una sola Gran Fraternidad Blanca**, y aquellas son las reglas que prescribe. No espera el Maestro la perfecta posesión de las virtudes enumeradas en vuestra actual personalidad; pero si algún día habéis de ser aceptados por discípulos, es preciso que desde ahora os ejercitéis en adquirirlas con tanto celo, como si de poseerlas perfectamente dependiera vuestra aceptación. Debéis ser ardientes en el trabajo, estimar cuan preciso es cada instante, y esforzaros en llegar a ser un valioso auxiliar del Maestro cuando os demande su ayuda.

Ciertamente hay estados bien definidos para la situación en que os encontraréis respecto de vuestro Maestro, una vez que, deseosos de caminar por el sendero, corone el éxito vuestros esfuerzos. El primer estado es en el que se os ha de poner a prueba, es decir, el estado probatorio.

El estado probatorio.- El Maestro de Sabiduría que haya observado vuestra vida idealista y os acepte por aprendiz, os confiará a la compañía de uno de sus discípulos ya iniciado, y durante el sueño compareceréis en cuerpo astral ante Su presencia. Entonces os admitirá para ponerlos a prueba; pero no seréis sus discípulos hasta que definitivamente os acepte. Desde el momento en que os somete a prueba el Maestro, forja ocultamente una “imagen viviente” de vuestro cuerpo sutil, un duplicado que reproducirá instantánea y automáticamente, todas las modificaciones determinadas en vuestros cuerpos etéreo, astral y mental por vuestros sentimientos, pensamientos y aspiraciones. Cada día examina el Maestro esta imagen viviente, para observar los progresos que hagáis en el sendero que conduce al discipulado.

Durante la vigilia, podréis recordar o no que el Maestro os ha admitido al estado probatorio; pero lo esencial ahora y siempre, es la manera de disponeros a efectuar su labor. Una vez admitido al estado probatorio, no os impondrá el Maestro pruebas especiales, ni siquiera dirigirá vuestras actividades, sino que os dejará a merced de vuestras fuerzas psíquicas, para ver lo que haya de noble y de útil en la vida que llevéis. Observara de qué manera os conducís en las circunstancias en que vuestro karma os coloque, y si las consideráis como ocasiones de adquirir más sabiduría, y mostraros mejores con vuestros semejantes, o si, por el contrario, os abandonáis a deseos o pasatiempos inútiles.

El lapso de tiempo entre este estado y el siguiente, depende en absoluto de vosotros mismos. Por lo general dura unos siete años, pero puede acortarse si os mostráis henchidos de celo, o prolongarse si no aprovecháis las ocasiones que se os deparen. De vosotros solos depende la duración del periodo probatorio.

La aceptación en calidad de discípulo.- Terminado el periodo probatorio, os aceptara el Maestro por discípulos, y desde este instante os encontraréis frente a frente de El. Sin daros cuenta os constituye en centinelas avanzados de Su consciencia. Vuestra naturaleza se encuentra ligada a la suya, y siempre que lo desee puede leer vuestros pensamientos, y advertir vuestros sentimientos, para aprovecharlos en Su obra. Pero como no puede tolerar que la entorpezcan pensamientos y sentimientos egoístas o viles, en cuanto éstos invadan, siquiera temporáneamente al discípulo, levantará el Maestro una valla entre Su consciencia y la de aquél; y como este trabajo implica el gasto de cierta cantidad de energía, que pudiera mejor emplearse, es muy natural que no acepte por discípulo a quien necesite cuidadosa vigilancia en este concepto.

Cuando un hombre ha alcanzado el discipulado, es mucha su responsabilidad; pero tampoco son menores las posibilidades que se le ofrecen y la dicha que experimenta, por que si demuestra sinceridad y celo, el Maestro le guiará en cada paso que dé por el sendero. Cuando esté perplejo, podrá valerse del pensamiento del Maestro como de piedra de toque para contrastar el suyo, y jamás dudará de lo que deba hacer “en Su nombre”, en nombre del Maestro. El discípulo está protegido sin cesar por la égida, del Maestro, y jamás se ve solo entre los hombres.

Estado filial.- El estado que sigue al anterior es el de “Hijo del Maestro”, en el que el Maestro se acerca todavía más a Su discípulo. En efecto, desde este instante renuncia el Maestro a levantar vallas entre Su consciencia y la de su discípulo, aunque la casi extinguida naturaleza inferior de éste se reavive temporáneamente. Entre el Padre y el Hijo hay ya un lazo inquebrantable. Generalmente, en este estado de adopción filial, presenta el Maestro a su discípulo ante la Gran Fraternidad Blanca, en calidad de candidato a la iniciación. Aceptado por ella e iniciado, “*entra en la corriente*”. De aquí en adelante, es uno de los hermanos jóvenes de la Gran Fraternidad, y ocupa segundo lugar en la Jerarquía gobernadora del mundo. Sobre sus hombros, pesa ahora la triste carga, de la humanidad, pero también tiene en sus manos el poder de bendecir y salvar.

VII

EN NOMBRE DEL MAESTRO “EN SU NOMBRE”

Donde hay materia hay también energía. La vida acompaña a una y otra, y en este conjunto resplandece la consciencia del Logos. El universo alienta con la vida del Logos, y vosotros, yo y los millares de seres que nos rodean, todos somos células del infinito Ser. Cada uno de vosotros pasa su corta vida en descubrir poco a poco las maravillas del Ser del que somos partículas, y la alegría de esta vida consiste en ir de descubrimiento en descubrimiento.

En el interminable viaje de exploración a que equivale la humana existencia, hay una etapa primitiva y otra avanzada. La mayor parte de las almas se hallan aún en la etapa primitiva, y la característica de su vida es la petición. Con las manos extendidas piden a la vida que realice sus sueños, poco cuidadosos de aprender la amarga lección de que jamás podrán realizarlos por demanda. Más aunque no puedan realizar sus sueños, por lo menos descubren algo relacionado con Dios. En el amor de la esposa, de los hijos, de los amigos, en los títulos y honores, en la sencilla piedad, en los servicios prestados a los vecinos, en las inocentes alegrías que por doquiera disfrutan los individuos bien intencionados, hallan las almas una felicidad que es el susurro de la voz de Dios en su corazón, que les anima de antemano a descubrir Su naturaleza. Porque si “*en Su nombre*” cumplen todas las acciones desinteresadas, frente a frente encuentra El a los hombres en el hogar, en el mercado, en el gabinete de estudio y en el Santo de los Santos.

Pero en la primitiva etapa ven los hombres a Dios confusamente, como a través de un cristal empañado. No podrán descubrir Sus más grandiosas bellezas durante esta vida, ni aún en muchas venideras. No pocas tristezas y decepciones han de experimentar, antes de que el dominio de su voluntad no les consienta pedir nada a la vida, y no obstante conducirse noblemente, porque no les sea posible vivir de otro modo. Al llegar a este punto, entrarán en la etapa avanzada en que se abrirá ante ellos el angosto Sendero.

En verdad, muchos son los llamados y pocos los elegidos para este Sendero. Recordemos, sin embargo, que aunque no lo huellen más que un corto número, no es un nuevo camino que súbitamente se abra ante el alma; ni es raro ni nuevo, sino el viejo y arcaico camino, tan dilatado como el cielo, por el que todos los hombres marchan hacia Dios. Parece estrecho porque ha de recorrerlo el alma con la vista siempre fija en Dios, y llegar a su fin sin desviación alguna, tal como la flecha vuela hacia el blanco sin desvíos ni apresuramientos. No puede el alma desviarse de su camino sin cosechar sufrimientos.

La Vía estrecha, el sendero del discípulo, conduce a la salvación, a la liberación, al coronamiento de la vida, es decir a la vida eterna, porque desde el punto en que se logra la dignidad de discípulo, descubre el alma el verdadero significado de la vida interna, y vislumbra su próximo coronamiento, que consiste en cargar con la pesadumbre ajena. Tan sólo por esto y para esto viven y laboran los Hermanos Mayores de nuestra raza, los

Maestros de Sabiduría. Si Ellos no soportaran sobre sus hombros el peso que agobia a la humanidad, nos faltarían ánimos para borrar el recuerdo de nuestras transgresiones, con la mira puesta en un porvenir de libertad, esperanza y alegría. Si deseáis que os acepten los Hermanos Mayores para guiaros a la Vida Eterna, es preciso que aprendáis a sobrellevar la carga ajena. No hay otro camino.

Para ello cuidad en primer término en no agravar la carga de los demás. Procurad que ninguna de vuestras acciones aumente los sufrimientos del mundo. Mientras recorréis el camino de la vida, esforzaos en conseguir que jamás apenen a nadie vuestros pensamientos, palabras y acciones. Convertidas así en inofensivas vuestras manos, seréis puros de corazón, con fuerza bastante para sobrellevar pacientemente, cuanto dolor os allegue vuestro penoso karma.

Ejercitaos en compartir con la humanidad vuestras alegrías. Cuando la felicidad os sonría por el amor, la belleza, o la sabiduría, pensad en aquellos a quienes más voluntariamente se inclina vuestro corazón, y con el pensamiento hacedles partícipes de vuestra dicha. La verdadera felicidad une, y seguramente no le faltará a la persona feliz, medio de hallar copartícipes. Procurad que este medio de unión sea instintivo en vosotros, y observaréis entonces que vuestro poder de amar se acrecienta de día en día, al mismo tiempo que vuestro poder de sentir la belleza, será cada vez mayor, y lentamente se robustecerá en vosotros la facultad de soportar el sufrimiento. Id dilatando sin cesar el pequeño círculo de los seres queridos, hasta el día en que envolváis en vuestro amor a la humanidad entera.

Por último, habéis de asociar a vuestro dolor el de todos los hombres, pues el coronamiento de la vida es amar mucho, pero también sufrir mucho, si necesario fuese. Sin embargo, tanto la alegría como la pena, no tienen verdadera importancia más que cuando advertimos que una y otra dimanan de lo alto. El dolor de los hombres es el dolor de Dios, y si lo sentís como Dios lo siente, veréis a Dios al soportar los ajenos sufrimientos y al participar de sus alegrías.

Que cada grito exhalado por la miseria humana, encuentre en vosotros una cuerda vibrante a su eco. No repudiéis a ser alguno por abyecto y vicioso que sea. ***Vale más mancharse ayudando a los que están en el fango, que separarse de ellos para permanecer sin mancha.*** Estudiad las causas del sufrimiento y tratad de comprender las manifestaciones kármicas, porque el karma es expresión de la voluntad divina. Adquirid, por vosotros mismos, la certidumbre de que el karma más despiadado en apariencia, es en sí bienhechor y compasivo. De esta manera, esforzándoos en ayudar compasivamente a los que sufren, acrecentaréis sus fuerzas.

No temáis sufrir, pues hasta el sufrimiento infernal os revelará bellezas de la vida. En tanto que la humanidad sea como es hoy día, no bastará el gozo para unir a los hombres; pero aprenderéis a uniros a ellos más pronta y tiernamente por el gozo, cuando hayáis aprendido a uniros por el dolor.

Escribo estas páginas para los que estáis en el mundo y no podéis abandonarle, a fin de que veáis cómo, a la luz de la sabiduría, os es posible vivir en él con acción amante y verdaderamente vivida: “en nombre del Maestro”, para de este modo encontrarlo. Muchos sufrimientos os esperan, en el largo correr de vuestra evolución, porque os será preciso pagar hasta el último denario de la deuda contraída con vuestros hermanos, al agravarles la carga con vuestras faltas; pero también recibiréis una inspiración desconocida de quienes

no rehuyan el gran sacrificio.

Buscad al Maestro y lo hallaréis. De vida en vida ascenderéis de una a otra etapa, hasta ser el Ungido del Señor, y uno de los salvadores de la humanidad. Entonces os enseñara Dios a borrar de Su libro de la vida, lo que en otro tiempo fuera vuestra parte de sufrimientos y pasiones. Entonces sabréis escribir de nuevo con gozosas palabras, las páginas del pasado. Porque el pasado será en vuestras manos arcilla tan plástica como lo es ahora respecto de vuestro porvenir. El dolor presente no tiene otro objeto que enseñaros el alfabeto de la vida, a fin de que sepáis escribir en las páginas del tiempo.

Finalmente, entonces se desvanecerán las ilusiones del pasado, y de nuevo viviréis cuantas horas entristecieron las lágrimas, pero henchidas de todo aquello que vuestro corazón anhelaba. Entonces sabréis sonreír. Gozosamente viviréis así lo pasado como lo presente, porque tal es el porvenir que nos aguarda, y tal la gloria que se nos ha de revelar.

C. JINARAJADASA.

ÍNDICE

PREFACIO, *página 3.*

I
LO REAL Y LO IRREAL, *página 4.*

II
EL MAESTRO, *página 7.*

III
EL PLAN DE DIOS, *página 9.*

IV
LOS QUE DIRIGEN LA EJECUCIÓN DEL PLAN DE DIOS, *página 12.*

V
EL PLAN DEL MAESTRO, *página 13.*

VI
EL ESTADO DE DISCÍPULO, *página 15.*

VII
EN NOMBRE DEL MAESTRO “EN SU NOMBRE”, *página 18.*